

DE LA VIDA INTELECTUAL

FRANCISCO ALVAREZ G.

Un problema intelectual de primerísima urgencia es el del sentido mismo del quehacer intelectual. Nos lo hemos tenido que plantear con franqueza millares de veces a nosotros mismos: ¿cuál es el *valor* realmente de esto que hacemos? El problema cobra matices de dramatismo en aquellos que anhelan que su vida tenga un como sello de autenticidad; sobre todo, en quienes nos hemos dedicado — ¿en virtud de qué razones?, — al cultivo de las humanidades. El científico, el que se ocupa de ordinario al cultivo de las ciencias positivas — física, química, biología, etc., — se halla libre por regla general de esta inquietud. No le acucia porque vive la creencia — no natural, por así decir, sino fruto de una larga tradición que tiene sus orígenes en los umbrales de la edad moderna, — de que los conocimientos científicos son de una grande utilidad y valor para el desarrollo y progreso del hombre, con lo que, sin más, y dado, por lo general, la ausencia en él de un fino espíritu crítico, no se plantea dicho problema. Es más: le parecería descabellado incluso tener que dar razón de su labor, presentar las cartas que acreditan la legitimidad de su misión como científico. ¿No está patente sin más la utilidad inconmensurable de la ciencia para las sociedades humanas? Verdad es que, incluso en el campo de las ciencias, sobre todo al nivel de la teoría pura, cuando las ciencias, por una especie de interna necesidad, se remontan más y más al terreno de los fundamentos y de los principios, encuéntranse con

problemas que rebasan la inmediata utilidad y que parecen sólo satisfacer aquella natural tendencia a la verdad que Aristóteles apuntaba como exclusiva del hombre en las primeras frases de su "Metafísica". Pero aun aquí, lo que ahora es un puro divertimento intelectual algún día quizás revelará su inesperada utilidad. Ejemplos abundantes hay en la historia de las ciencias. Así, Menecmo, uno de los creadores de la ciencia matemática griega durante el siglo V antes de J. C., ocupóse de la geometría de las secciones cónicas, menester en el que le siguió, siglos después, en la postrer fase del helenismo, Apolonio de Perge. Durante dos milenios aquellos descubrimientos de los dos geniales matemáticos griegos quedaron ahí, como un puro saber sin el menor rastro de aplicación al saber positivo y utilitario. Hasta que Kepler, inesperadamente, en el siglo XVII, aprovechó la geometría de las cónicas para el descubrimiento y explicación de las órbitas planetarias en sus famosísimas leyes. Otro ejemplo: las geometrías no-euclidianas, nacidas de las reflexiones en torno al famoso postulado euclidiano sobre las paralelas, no fueron sino un abstracto juego mental y matemático hasta que, ya en nuestro siglo, a Einstein se le ocurrió aprovecharlas para dar forma al universo surgido de su teoría de la relatividad generalizada.

Al humanista, al que se ocupa de las ciencias del hombre, no le cabe, en cambio, la esperanza de que sus saberes, fruto de sus reflexiones, investigaciones y análisis, puedan trocarse en verdades admitidas universalmente, de patente influjo en el desarrollo de la vida social. Cuando un saber de este tipo parece contradecir esta afirmación es porque se ha trocado de sereno saber en ideología, cuyo influjo y universalidad es seguro se debe más a motivos extrarracionales y a la pasión que no al contenido de auténtico saber que la teoría pueda contener.

En épocas como la nuestra, realmente atiborrada de enseñanzas y publicaciones, al intelectual le acecha de continuo el peligro de trocar la auténtica vocación intelectual por la erudición, el afán de "estar al día" y la consecuencia natural de todo ello: la pedantería. ¿Qué debemos leer, entre la fronda abrumadora de publicaciones de toda clase sobre cualquier materia? Esta debería ser la pregunta que todo intelectual de pura cepa, que quiere evitar, en aras de la pureza de su autenticidad intelectual, el riesgo de cambiarse en mero recipiente de saberes que no responden al angustiado preguntarse por problemas vividos de verdad y en cuya solución cargamos todo el peso de nues-

tras vidas, tendría que hacerse. Porque los problemas no juegan su papel de tales con independencia del tiempo y del lugar e, incluso, del hombre que se los plantea. La vida intelectual, como los frutos, exige un cierto clima ambiental; la vida intelectual empeñada con afán auténtico en la solución de tales o cuales problemas, quiero decir. Los problemas se escorzan, diríamos, en planos a distintas distancias de profundidad ante nosotros. Con independencia del genio creador de alguien capaz de hacer pasar al primer plano o sencillamente descubrir un problema hasta entonces marginado de la atención de las mentes científicas, lo corriente es que, cada época, por un complejo de razones históricas que no son ahora del caso, se encuentre con una problemática vigente, que le es impuesta y en la que tiene que ensayar lo más robusto de su capacidad creadora para encontrar la solución. El racionalismo, por serlo, careció de sensibilidad histórica, y estimando que sus particulares afanes y problemas debían ser universales, incurrió en el error y en la injusticia de incomprensión para la edad anterior, la edad media, y para sus problemas, honda y auténticamente sentidos, cuya solución, por ende, fue con monástica paciencia buscada con ardor. La verdad del racionalismo era que *ahora*, desde el renacimiento, aquellos problemas habían dejado de serlo. Más parejo error que los racionalistas cometen hoy quienes, insensibles al sistema de problemas actualmente vivos y vigentes, se enfrentan y luchan mentalmente con una problemática pasada de moda que a nadie en vivo le interesa, y que deja fríos los corazones de incluso quienes se ocupan con ella. Es el peligro de los *neo-ismos* de cualquier género que sean. ¿Habrá algo más ridículo que intentar hoy reactualizar el interés por problemas que en su tiempo dividían a las gentes, a las órdenes religiosas, a las universidades, tal las cuestiones disputadas teológicas de los siglos XIII y XIV, pero que a la hora actual son incapaces de pulsar las fibras emotivas de cualquier meditador de verdad?

Obsérvese que lo que sostenemos es la existencia en toda época de una constelación de problemas de toda índole con vigencia social, con independencia de la autenticidad de los tales como problemas, de su capacidad o no para ser solucionados e, incluso, diríamos, de su dignidad, valor e importancia como problemas. A Sócrates, por ejemplo, no le importaban los problemas de la *physis*, que colmaron la época auroral del despertar filosófico y científico, encandilando, en cambio, su ánimo las

cuestiones relativas a las virtudes del buen ciudadano. La autenticidad de Sócrates como pensador consistió, en parte, en la consecuencia con que, fiel a su tiempo, se afanó hasta el fin de sus días en llevar luz y claridad a esa constelación de problemas.

El peligro de los herederos es el de imitar, por espíritu inauténtico y servil, lo que antaño, en muy distintas circunstancias, fue quehacer original y pleno de sentido. Su pecado de anacronismo les lleva a un tipo de saber erudito, en el mejor de los casos, frío, profesional, en el que la vida con sus mejores afanes va por un lado y el pensamiento especulativo por otro. La mejor ejemplificación de este divorcio entre el pseudo saber científico y filosófico y la vida, con su sistema estructurado de problemas vigentes y en sazón, la encontramos hoy día entre los profesionales del saber llamados catedráticos. Aun en los mejores encontramos la lucha entre *tener noticias* de todo lo que se produce a escala mundial sobre su especialidad y poseer el *brillo* de la cita abundante y oportuna o dar rienda libre a su interés personal por unos cuantos problemas. El doble negocio editorial y de librería atenta hoy contra la primerísima obligación intelectual de buscar cada hombre con vocación científica el o los problemas en cuya solución o enfrentamiento pudiera consistir su destino, la intransferible misión o tarea de su vida. Porque el tiempo perdido en la lectura de los cientos de obras intranscendentes, comentarios de comentarios y repetición de repeticiones, que tiene que abordar por no arriesgarse a perder la consideración de los colegas confesando no haberlos leído, es tiempo y esfuerzo robados a las tareas intelectuales verdaderamente serias. Por razones de interés comercial, las editoriales *crean* autoridades y ensayistas célebres como ciertas empresas *fabrican* hoy cantantes; que serán, sin duda alguna, desconocidos pasados unos años, pero que durante algún tiempo acaparan el interés de las gentes, obligándonos a todos a ocuparnos con ellos. De cien veces, noventa y tantas, al terminar la lectura de cualquier libro de doscientas o trescientas páginas, que nos ha consumido tres, cuatro días, una semana, tratamos de resumir y nos preguntamos: ¿qué cosa nueva aprendí?, ¿qué interés o preocupación despertó en mi ánimo?, y tenemos que confesarnos que el esfuerzo y atención sostenidos han sido inútiles o casi inútiles.

A este respecto, también los hombres dedicados a las actividades científicas encuéntranse en mejores condiciones que los que aquí denominamos humanistas, cultivadores de las ciencias

humanas. Aquéllos pueden a veces condensar en unas pocas páginas saberes o descubrimientos trascendentales, auxiliados, como tantas veces lo son, por el simbolismo objetivo de las cifras y de las fórmulas, recursos a que no pueden acudir los segundos. Y las ecuaciones y números, aparte de su brevedad, tienen la enorme ventaja de que, entendidas, no son susceptibles de ulterior comentario, explicación, etc. Se sabe o no se sabe un teorema — y quien dice teorema dice una ley física; — pero una vez sabido, está concluso todo lo que podemos aprender sobre la concreta cuestión. El científico no tiene que volver, una y mil veces, sobre lo mismo, a menos que lo haga como apoyo o para tomar impulso para alcanzar nuevas verdades. El humanista, sobre el tema más nimio, encuentra una apretada fronda de lecturas que malgastan unas energías que debieran haberse concretado en las dos o tres quizás obras básicas y fundamentales. ¿Cuántos cientos y miles de libros no se habrán escrito en los dos o tres decenios últimos sobre el existencialismo, por poner un ejemplo, repitiendo unos y otros las mismas fórmulas, los mismos conceptos, sin añadir nada nuevo y substancial a la media docena escasa de obras capitales sobre esta materia? Pero el profesional de la filosofía que es el catedrático no ha podido evadirse de la tentación de acercarse a ese saber de segunda, tercera o cuarta mano para *estar al día* y no poner cara de asombro cuando en los medios intelectuales se pronuncian ciertos nombres y recitan ciertos títulos. Zarandeado el intelectual de aquí para allá por la moda de autores, pseudo problemas, inquietudes, le resulta difícil plantearse a sí mismo este par de problemas: primero, ¿qué es lo que de modo auténtico me interesa, no por ningún snobismo intelectual, sino porque en la solución o no solución de eso me va en cierto modo la vida?; y, segundo, ¿de qué modo procederé para, una vez convencido de que ese es el *tema de nuestro tiempo* para el cual me encuentro en especial vocado, enfrentarme con él a fin de abordarlo con las mejores perspectivas de éxito?

Los temas del tiempo y los especiales entre ellos de cada uno no son necesariamente aquellas cuestiones que apasionan a las gentes y de las cuales hablan. Porque la *teoría* es pulcra observación de lo que es, pero también destreza para remontarse hasta los principios que explican por qué lo que es, es tal como se nos presenta en la observación. Ahora bien: los más no son capaces de remontarse hasta los principios, teniendo un como

vértigo para las alturas intelectuales. Pero resulta que, como no nos remontemos hasta ellos, cualquier opinión o pretendida teoría sobre la realidad de la experiencia corre el riesgo de resultar vacía o falsa. La escalada hacia los principios y causas, lejos de significar lo que malentienden y critican los más, una *huida* de la realidad, indica apasionada ansia de entender con plenitud, y honrada búsqueda de los más idóneos medios para transformar la realidad, caso de que ésta necesite ser cambiada. Recordemos un ejemplo clásico: Platón nace en 428-7 antes de J. C. en Atenas, a la sazón convulsa por aquella guerra con Esparta por la supremacía política en la Hélade, que con fino tino ha sido caracterizada como el colapso de la civilización antigua. Motivos de parentesco, de situación social, de sugerencias sorbidas en la enseñanza oral de Sócrates, le impulsaban a preocuparse de los problemas de la *polis*, y, no sólo de preocuparse sentimental o teóricamente, cosa que en mayor o menor cuantía hacían todos sus contemporáneos, sino a intervenir e influir en ellos por medio de la acción. Al comienzo de la carta VII confiesa cómo en la juventud sintió una gran inclinación a dedicarse a los asuntos públicos, pero que la visión del general desastre de la situación social y política le hizo desistir de ello y, por el contrario, dedicarse al "examen de los medios gracias a los cuales podría producirse algún día una mejora tanto de las circunstancias concretas como del régimen político en general" (325 - 326 a, b). El texto me parece altamente significativo y simbólico de la actitud del intelectual ante las *urgencias* de la vida. Lo primero que hace Platón es *apartarse* del fárrago y trajín de las mil peripecias concretas y circunstanciales de la política al uso. Pudiera, es verdad, no haberlo hecho y haber tomado parte en el torbellino del quehacer político. Mas, la situación estaba de tal modo cargada de poder explosivo por las consecuencias luctuosas y trágicas de la guerra y de la derrota, de los cambios violentos en la conducción de los negocios públicos, caída de la democracia y toma del poder por parte de la oligarquía de los Treinta, nueva restauración de la democracia, decadencia inevitable de la ciudad, etc., etc., que lo que hubiera podido hacer el ciudadano Platón en esta esfera, aun suponiendo un cierto relativo éxito en su gestión, hubiera sido apenas nada y no sabemos si aun su nombre hubiera podido llegar, como político, hasta nosotros. Es decir, que a cambio de una acción política casi ineficaz, que, en suma, no hubiera cambiado substancial-

mente las cosas de como fueron, nos hubiéramos perdido al “divino” Platón como filósofo. No es que el intelectual deba vivir, en cuanto tal, de espaldas a la realidad y problemas concretos de su tiempo. Al contrario, para aprehenderlos en su máxima objetividad e incluso poder influir en ellos en su calidad o faceta de intelectual, debe mantenerse a cierta distancia y no dejarse arrastrar por los mismos. Sobre todo, cuando el cariz o tono de los acontecimientos es tal que enervan los ánimos y hacen estallar las pasiones, moviendo a los hombres por los costados menos racionales de su ser. Es iluso entonces querer bracear racionalmente contra la corriente impetuosa de la sinrazón. En ocasiones tales la mente de las gentes no es capaz de hincar el diente sino en el alimento aderezado con halagos de los demagogos de la peor especie; o en las fórmulas conceptuales simplistas suministradas por los monomaníacos y paranoicos, que encuentran grandes oportunidades de salir a flote y sobresalir socialmente en tales coyunturas.

Pero lo otro que Platón hizo fue comprender que debía penetrar hondo en la raíz o raíces profundas de los males que convulsionaban a las *polis* y sociedades de su tiempo y que, claro es, no podían encontrar curación en los remedios terapéuticos que aireaban los portaestandartes de ninguno de los bandos en colisión y pugna. Platón manifiesta cómo difería más y más el momento de la acción, viendo como todos los Estados sin excepción estaban tan mal gobernados. Y profundizando en el por qué de ello y para explicárselo, tuvo que echar mano de la filosofía, llegando a la famosa conclusión (326 b) de que los males sin cuento no tendrían fin sino el día en que los filósofos tuvieran en sus manos la conducción de los negocios públicos o en que “en virtud de alguna providencia divina, la filosofía fuese realmente practicada por quienes tienen el poder en el Estado”.

Aun sin sus tres famosos viajes a Siracusa, que demuestran el alto interés que Platón concedió a los asuntos políticos, bastaría para comprobarlo su obra escrita, esta carta VII, que es un tan interesante retazo autobiográfico, así como diálogos tan importantes como “La República”, “Las leyes”, “El político”. Es más, nuestra opinión es que el tema central de la meditación de Platón no fue sino ese, el *político*, con las connotaciones que el término tenía para un ciudadano culto ateniense del siglo V o IV y que, desde luego, son distintas y en general más amplias que las que sugiere a un hombre de nuestro tiempo. En primer

lugar, el Estado — ciudad, la *polis*, es una realidad cuasi biológica, cuyos miembros, los ciudadanos, están en la misma relación con aquél que los órganos con el organismo. Es lo que Aristóteles quiso decir con su famosa afirmación de que el hombre es animal político. Por ello, el bienestar, la *eudaimonía* de los ciudadanos, supone la salud y buena forma de la *polis*. La estructura del Estado es en cierto modo similar a la del hombre. Pero hombre y Estado son lo que son por analogía a la estructura general del Cosmos. De problema en problema, Platón vióse en la necesidad de elaborar un saber sobre la totalidad de lo existente. Repito: esto no fue un modo de evasión o escamoteo a los problemas urgentes de la realidad concreta. Hay que tener muy presente, para entender la actitud de Platón, el vivo sentimiento de *unidad* radical de todo lo real que Platón compartía con los hombres antiguos; ese sentimiento de dependencia de cualquier parte de la totalidad respecto de las otras partes y de la totalidad misma, que está a la base de ciertas prácticas y formas de religiosidad. En este supuesto, que para resolver Platón el problema de la felicidad del hombre se hiciese cuestión de su carácter político, de su naturaleza y de la naturaleza de ese hombre a grandes dimensiones que es el Estado, del conocimiento de todas esas cosas, pues compartía el socrático presupuesto de que el obrar *sigue* al saber, y, finalmente, de la naturaleza y modos de ser de la realidad como un todo, está justificado. Podremos estar muy distantes de las opiniones concretas de Platón, e, incluso, de las excesivas vueltas y rodeos que da para llegar a la solución de su problema primordial. Mas debemos esforzarnos por *entender* a Platón y ello supone descartar muchas de las categorías que en nosotros, como goznes, ponen en movimiento nuestro pensar y, en cambio, tratar de identificarnos con las categorías y supuestos sobre los que construía su vida intelectual el griego de aquella época. Es el primerísimo deber de todo honrado historiador. Pues bien: cualquiera que pueda ser nuestra discrepancia, hay en la actitud y toma de posición de Platón ante los problemas *políticos* del hombre algo muy justo y muy certero: la comprensión de la enorme complejidad que entrañan dichos problemas, lo que hace ineficaces e inocuos, si no perjudiciales, los remedios y soluciones que la impaciencia y la superficialidad a menudo improvisan. En muchos de los diálogos de Platón está la amarga queja: confiáis en el médico, en el piloto, en el carpintero, en el estratega, etc., etc., y acudís a ellos cuando de aconsejaros sobre

algunas de esas actividades se trata; en cambio, en política, nunca suspendéis vuestro juicio, o confiáis la instrucción de vuestros hijos en ese respecto al sofista. Se da la paradoja de que en la cuestión más difícil y encinta de complejidades e implicaciones, todos, sin mayor reflexión o estudio, tienen la opinión bien formada y la receta a punto para cualquier problema.

* * *

Vivimos una época confusa, tanto o más que aquella que le cupo vivir a Platón. Tres o cuatro siglos de racionalismo y de culto a la razón y al saber han dado lugar a esta época nuestra en que se sigue, a flor de labios, hablando de la ciencia, de la cultura, de la investigación y de la difusión de los conocimientos, pero que, en la práctica, ha creado un ambiente nocivo para el sereno ejercicio de todas esas actividades. Una época en que para hacerse entender de las gentes es preciso manejar un lenguaje lleno de lugares comunes y de toscas muletillas pseudocientíficas, pero que no tolera el sesudo ahondar hasta los cimientos y últimas implicaciones de las cosas, ni la desapasionada crítica de tantos supuestos ingenuos sobre que se montan las ideologías y las conductas de los hombres, sobre todo los jóvenes, contemporáneos. A veces uno tiene la impresión de encontrarse en una dictadura, de esas que limitan la libertad de expresión. Sabe uno que no, que vive en plena democracia y un vistazo a periódicos y publicaciones basta para cerciorarnos que quienquiera dice lo que le viene en gana. Mas, sin embargo, no podemos librarnos de dicha impresión. Pues comprendemos que hay una plena libertad para expresarse y mantener cualquier postura, siempre que aceptemos el sistema de supuestos acríticos que sirven de fundamento a todo lo que se dice. Para el intelectual que no comparte esos supuestos, que capta la historicidad y circunstancialidad de los mismos, que sabe qué corrientes de pensamiento los generaron, que, en suma, está cierto de que se trata de todo menos de supuestos inconvencionales — que es como los toman los más, creyendo que más que supuestos son la realidad misma, —ese sabe que puede decir, pero prefiere callar, porque sabe que no lo entienden en el mejor de los casos y, en el peor, lo malentienden. Como la ostra en el calizo caparazón, el intelectual de verdad y, concretamente, el humanista, se aísla del mundo y prefiere el solitario diálogo del alma consigo misma

de que hablara Platón, antes de caer en la inautenticidad de hablar el lenguaje cargado de fáciles *slogans* de los más. El humanista sabe que entre éstos los hay de dos clases: los ingenuos, entre los que se reclutan por regla general los jóvenes, que creen de buena fe, y los que más bien hacen que creen, entre los que se hallan los *oficiales* detentadores del saber, la cultura y la política, porque saben — la historia es rica en buenos ejemplos para enseñarlo, — que ese es el camino seguro del éxito, aunque sea circunstancial y efímero. El humanista sabe que es muy difícil librar al hombre de la tentación de los aplausos fáciles. No digamos si al aplauso fácil que halaga, va unido el poder y al poder el dinero. El intelectual que, en cuanto tal, gustaría de ver en el mundo algo más de racionalidad y un poco menos de pasión, tentado está de escribir a su vez, como lo hizo Erasmo, su *stultitiae laudatio*. Pero no lo hace, porque le gustaría escribir para sus coetáneos y no para generaciones futuras; y el humanista sabe que sus contemporáneos son sordos para las categorías mentales que él posee. Si habla o escribe, tiene la triste impresión de arar en el mar. La disparidad de las categorías mentales, de él y de la gente, hace también que el humanista se sienta vivir en otro tiempo. Comprende y hasta disculpa que los otros, cuando lo juzgan, propendan a estimarlo como anticuado, como un ser que no ha sabido o querido caminar acompasando el tranco al fluir al galope del tiempo. El humanista, por el contrario, sabe que son ellos los inertes y rezagados, los que con sus arquitecturas mentales de sencillas líneas, como para ser entendidas sin esfuerzo por todos, están retrasando las horas de los cambios verdaderamente fundamentales. El humanista sabe, por serlo, que, como decían los antiguos griegos, la naturaleza, la *physis*, de las cosas gusta de ocultarse. Y rechaza, como por instinto, las fáciles diagnósis de la realidad, así como el elemental bisturí con que se quiere dar cumplimiento a las operaciones salvadoras. Su respeto a la vida le hace sentir que el más mínimo asunto humano es harto complejo y que la seriedad y profundidad de los cambios no se miden con el patrón de la alharaca, el griterío, el desplante insolente o las bombas. De antemano sabe toda una serie de acusaciones al uso: egoísmo por encerrarse en la torre de marfil del conocimiento y de la ciencia, volviendo el dorso a las urgencias diarias de la vida, contribuir así, directa o indirectamente, al mantenimiento del *statu-quo*, etc., etc. El humanista, ante éstas y otras de parecida especie argumentaciones, piensa que lo más

sabio es callarse: el capaz de entender lo débil y torcido de los argumentos no necesita de reflexiones apenas para rebatirlos; y el que no es capaz de vislumbrar dónde en esas afirmaciones se encuentran los sofismas, para nada necesita razones que tampoco ha de entender. Habría aún una tercera clase: la de los que entienden e insisten en atacar al humanista. Este sabe que tampoco hay remedio para éstos. Pues hablan y dicen porque les conviene y porque las aguas, de momento, corren a un cierto punto, o porque les mueve algún resentimiento. Y ni al interesado ni al resentido le hacen mella razones.